

La colección
NARRATIVA ULTERIOR
presenta nuevas voces en la ficción
literaria en lengua española.

Gabriel González Núñez

**LA DAMA ERRANTE
EN LA CIUDAD DEL
FIN DEL MUNDO**

narrativa
Ulterior

La dama errante en la ciudad del fin del mundo

Primera edición: 2025

Derechos reservados

De la obra: © 2025, Gabriel González Núñez

De la edición: © 2025, Rafael Vázquez, bajo el sello Ulterior Editorial

ISBN: 979-82-684-0687-0

Fotografía de portada: © 2025, Rafael Vázquez Velázquez

D. R. © 2025, Rafael Vázquez Velázquez, bajo el sello Ulterior Editorial

Tenorios 222 ed. 14 depto 105, 14300, Ciudad de México

Visita **editorial.ulterior.mx**

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, gráfico o electrónico, incluyendo el fotocopiado, la grabación o cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes.

A aquel lugar llegó en el único tren —el del segundo jueves de cada mes más o menos a las seis de la tarde— una dama errante. Estaba sola en el vagón, mirando por la ventana el paisaje marchito de un nublado invierno color tierra. El tren vino frenando con el chillido de un arrastrar de miles de cadenas hasta quedar inmóvil y callado, como queriendo pasar inadvertido, en los últimos metros del único par de rieles que no estaban ahogados entre yuyos y pastos amarillentos. La dama errante esperó a que se abrieran las puertas mecánicas del cuadrado transporte, se puso a cuestras una mochila negra en la que cargaba casi dos docenas de cuadernos de viaje que había ido llenado en sus deambulares, empuñó con las dos manos el asa única de una valija azul llena de ropa y unos pocos efectos de higiene, y descendió al único andén habilitado de la estación. No se bajó nadie más.

Estaba en el andén 1, como lo indicaba un cartel herrumbrado que colgaba de dos cadenas sujetas a

un techo de hojalata. Reinaba un silencio lunar. La muchacha se dio vuelta y vio lo que había: dos bancas de madera desbaratándose imperceptiblemente junto a un edificio de granito que en algún momento sirvió de punto de cruce, de compra y venta, de comidas y siestas a cientos de pujantes pasajeros. Observó que dos musculosos de piedra, en posición de sostener la barroca franja superior del edificio, hacían las de columnas, separados por una altísima puerta cerrada de madera. Arriba de la puerta, un reloj cincelado daba las tres en punto con números romanos. Siempre daba la misma hora.

La dama errante bordeó el edificio, jalando la valija con una mano. Lo único que oía era el rodar de las rueditas de plástico de su maleta. Después, a sus espaldas, sintió el giro pesado y holgazán de las ruedas del tren, que ya partía. Frente a ella se desplegaba una plaza que tenía en el centro, y como único atractivo, un obelisco de unos veinte metros que en la base ostentaba unos jeroglíficos gastados. Al pie del obelisco, un anciano de chaqueta de cuero y boina de tela paseaba a un perrito escuálido y tembleque que aun sin correa no se hubiera alejado de su amo. Con los ojos indiferentes, el anciano dio una mirada a la dama errante. Vio una mujer que llevaba el sol pintado en la piel, que tenía el cabello largo y del color del charol, las caderas anchas, la nariz redonda y unos

ojos negros que delataban los años que el cuerpo escondía. Su chaqueta andina no le hacía juego con la larga falda de flores cubistas. A sus espaldas estaba la estación fantasmal y por frente tenía lo que venía a conocer. Se le dibujó en los labios una sonrisa modesta. Había llegado a la ciudad del fin del mundo.

A doce cuadras de la decrepita estación, en una intersección poco concurrida, un pizzero cansado fijaba la mirada a lo lejos. En su mente tanteaba las pocas cantidades de harina, tomate, sal y levadura que ya había gastado en lo que iba del día. Al principio no reparó en la silueta que se dibujaba al final de la calle. Aquella era una vía empedrada que delataba en sus rieles y cableado que por allí pasaba el melancólico tranvía que salía de la estación, rodeaba la iglesia y el municipio para regresar de nuevo a la estación.

En la esquina en la que estaba el pizzero se ubicaba un hotel que llevaba siglos ocupando los tres pisos superiores de un edificio escueto. Abajo del hotel, al encuentro de dos calles, estaba la pizzería Amore Italiano. El local era un modesto establecimiento de cuatro mesas adentro y dos afuera que apenas daba para alimentar a su dueño, quien no tenía empleados. El pizzero cansado tenía la costumbre, cuando las moscas zumbaban sobre las mesas sin que nadie las molestara, de pararse afuera de su local y cruzar

los brazos para mirar a la gente deambular concentrada en sus quehaceres. En esos momentos se ponía a pensar en la faena de la jornada. Fue así que avistó la figura que se acercaba.

Al verla más próxima, él se percató de que se trataba de una mujer que arrastraba una valija. Ella se detuvo en la esquina de enfrente, levantó la mirada y escudriñó el edificio con el ceño fruncido. El pizzero cansado la siguió con la mirada cuando esta cruzó la calle, pasó por el costado de las dos mesitas y se metió en una puerta casi escondida que sobre el dintel decía, en letras de neón, «Hotel». Nunca había turistas, así que el hotel servía sólo a los recién llegados hasta que encontraban algún sitio más permanente.

El pizzero cansado se llevó las manos a la espalda y se metió en la pizzería. En su interior las paredes azules estaban adornadas con una foto del Coliseo y, del otro lado, con una lámina enmarcada de la Gioconda, obra que detestaba por no entender su fama. Se sentó letárgico en una silla debajo del cuadro sonriente, y bostezó. Tenía ganas de cerrar, pero habría de esperar hasta que oscureciese. En aquel lugar todo cerraba justo al ponerse el sol.

A través del ventanal del restaurante vio con agrado que la mujer que se había metido en el hotel reaparecía, esta vez para sentarse en una de las mesas de afuera. Él se puso de pie, agarró la primera carta

de la pila de menús plastificados que guardaba al lado de la caja, y regresó afuera para entregarle con una venia aparatosa la lista de platos y precios a la cliente recién llegada. Ella la tomó con las dos manos y al ver que no entendía nada preguntó en italiano qué recomendaba la casa, a lo que el pizzero cansado se excusó: «*io non parlo italiano*». La dama errante entonces repitió la pregunta en inglés, nada; en francés, nada; y por pura picardía en guaraní y en quechua, nada.

—¿Y qué hablará usted? —se preguntó ella con su voz áspera al dirigir nuevamente la mirada a la críptica carta.

—Español —contestó él con una sonrisa insegura y un dejo austral.

—¿Y qué hacemos tan lejos de la patria? —reaccionó ella con una risita.

—Crucé el océano para hacerme la América —contestó él encogiéndose de hombros.

El pizzero tenía uno de esos rostros perfectamente olvidables, de los que sirven de relleno en la memoria al evocar una muchedumbre cualquiera. Una nariz que no pecaba de ostentosa, unos ojos marrones hundidos detrás de unos lentes redondos, las mejillas tapadas por una barba genérica. Tenía el cabello negro y lacio, algo descuidado y ya con algunas canas escurridizas. Era tan delgado que parecía faquir, y tal vez precisamente por eso, el único lugar en

que no pasaba desapercibido era la pizzería Amore Italiano, donde su camisa blanca, pantalón verde y delantal rojo denunciaban su condición de pizzero.

La dama errante y el pizzero cansado intercambiaron un par de cortesías sobre sus respectivos países y ella pidió una porción de pizza de cuatro quesos con un vaso de agua mineral. El pizzero cansado asintió y se metió en la cocina a preparar la pizza. Sacó la masa de una heladera industrial, le untó con una brocha fina un preparado de salsa de tomate, y de cuatro tarros de plástico transparente sacó las rodajas de queso que depositó sobre el disco de masa enrojecida que terminó metiendo en un horno eléctrico. Mecánicamente sacó de otra heladera una botellita de vidrio, recogió un vaso de abajo del mostrador y un destapador, con lo cual salió a servir la bebida.

—¿Qué tal es el hotel? —preguntó la dama errante, después de agradecer la bebida y apuntando al cartel de neón.

El pizzero cansado se encogió de hombros y vaciló unos segundos:

—Es el único que hay.

—Uy, pues fíjese.

Se hizo un silencio apenas incómodo. Sopló una brisa fresca y el pizzero cansado regresó al interior del local a esperar que terminara de cocerse la pizza. Se cruzó de brazos y miró para afuera. Desde atrás

del mostrador veía la espalda y la cabellera de la dama errante. Algo en ella, algo impalpable, lo perturbaba.

Cuando estuvo lista la pizza, la colocó en un plato, la dividió en cuatro pedazos con un cortador de hoja redonda y la sirvió. La dama absorbió el aroma inconfundible de queso fundido y pan horneado, miró a los costados del plato y pidió un tenedor y un cuchillo, «por favor». El pedido sorprendió al pizzero cansado, ya que en aquel lugar hacía años que nadie comía pizza con cubiertos, pero como el cliente siempre tiene la razón, le trajo lo que pedía. Se quedó a dos metros de ella, por si se le antojaba algo más, y de reojo la veía comer. Estaba fascinado por su elegancia: la espalda recta y sin tocar el respaldo de la silla, los antebrazos apoyados en el filo de la mesa, los cubiertos siempre apuntando hacia adentro, la boca bien cerrada al masticar y los sorbos de agua medidos. Nada tenía que ver su vestimenta de jipi dispersa con su proceder aristocrático.

La dama errante depositó la mochila sobre la colcha verde que cubría la cama de dos plazas que ocupaba la mayor parte de la pieza de tercer piso que la hospedaba. Levantó la valija y la colocó justo al lado de la mochila, tras lo cual fue vaciándola de contenidos metódicamente: colgó algunas prendas en el ropero, guardó otras en los cajones de la cómoda que

sostenía el televisor, alineó el calzado al pie de la ventana y llevó al baño todo lo que allí le convenía tener. Sobre la mesita de luz había una lámpara, que ella desenchufó y colocó en el piso. Sacó de la mochila una vela, la puso donde antes estaba la lámpara y la encendió con un yesquero.

Se acercó a la ventana. Al mirar hacia afuera, vio una postal que le hubiese gustado dibujar. Ante sus ojos se desplegaba un revoltijo de ramas secas como dedos de bruja y de techos de dos aguas rojos que parecían sacados de una repostería, todo enmarñado en un tapiz de pugna entre naturaleza y civilización, interrumpido sólo por la torre punzante de una iglesia antigua. El cielo se volvía cada vez menos luminoso, y los matices de los tejados más opacos. La corriente eléctrica encendía unas enormes luciérnagas amarillas en ese paisaje urbano bañado por un resplandor tenue de sol sin ganas. El paisaje, la ciudad, terminaba abruptamente en una muralla de niebla impenetrable.

La dama errante sonrió, y después volvió al borde de la cama para seguir desempacando. Abrió la mochila y empezó a sacar unos cuadernos, algunos argollados y otros empastados, de distintos tamaños, de tapas azules, blancas y a cuadros, de hojas grises, blancas, beige, de renglones finos y gruesos, algunos hasta sin renglones. Estaban todos escritos con

la misma letra redonda y prolija de escolar aplicada. Los fue colocando encima de la cómoda, junto al televisor, y los organizó cronológicamente, formando tres filas, siempre con el cuaderno más antiguo abajo del todo y el más reciente arriba. Lo último que sacó de la mochila fue una caja de madera, hecha a medida. La abrió para darle una mirada cargada de añoranza a su contenido: un legajo de frágiles papeles algodonosos, sin lomo pero atados entre dos tapas de madera forradas en piel de cerdo.

La dama errante corrió la tapa y vio, orgullosa, sus primeras letras, bastante precarias e imprecisas, que empezaban con un año entre paréntesis:

(1541)